

CAPITULO XLI.

Diplomacia de los indios.



TEUTILA y Pilpatoe enviaron inmediatamente un mensaje à Moctezuma, para darle cuenta de lo que habia pasado y llevarle los apuntes de los pintores.

Las tranquilizadoras palabras que habia pronunciado Hernan Cortés en su presencia, las protestas de amistad que les habia hecho, la seguridad que les habia dado de que no se moveria de Guazacoalco hasta saber si accedia á recibirlos Moctezuma, no bastaban á aquellos hombres para que se calmase la ansiedad que la llegada de los extranjeros habia producido en su ánimo.

—Es sorprendente lo que sucede, decia Pilpatoe. ¡Qué poder sobrehumano tienen esos hombres! ¿Qué divinidades protege?... Porque no hay duda, son seres sobrenaturales.

Para vencerlos seria preciso reunir todos los ejércitos del imperio, y aun así sus mortíferas armas causarían grandes estragos en nuestras filas.

—No es la primera vez que los altos funcionarios del Estado hemos tenido que luchar con fuerzas superiores á las nuestras.

—Pero las hemos vencido por medio de la astucia.

—La astucia es lo único que puede vencerlos en esta ocasion.

—Moctezuma no querrá recibir á los extranjeros.

—¡Oh! No, de ningun modo. ¿Cómo ha de consentir él, que está acostumbrado á ver esclavos en los hombres, que unos cuantos españoles se presenten ante él con arrogancia y sean capaces hasta de pedirle tributo?

—Por otra parte, se opone abiertamente á que los extranjeros penetren en sus dominios, en su ciudad.

Quiere, y quiere muy bien, que todos ignoren la magnificencia con que vive, los progresos que ha introducido en todos los ramos del saber, las comodidades y placeres que le rodean.

Este deseo obedece á un gran principio político.

Mientras le ven de léjos, los que no son sus vasallos, los que no viven con la esplendidez que él, no tienen más remedio que admirarle.

El ascendiente que ejercemos sobre ellos es por esta razon mucho mayor.

Hasta ahora los habitantes de estas comarcas le creen invencible.

Si los españoles destruyesen esta creencia, si amenguasen su prestigio, si se dibilitara á sus ojos, los numerosos enemigos que tienen harian causa comun con los extranjeros, y todo se perderia.

—Pues lo que es el caudillo de los españoles, dijo Teutila, está resuelto, quiera ó no quiera Moctezuma recibirle, á llegar hasta México.

—Si pudiéramos estorbarlo. ¿Cuánto ganaríamos á los ojos de nuestro monarca!

—¡Es imposible!

—¿Y por qué?... Intentémoslo.

—¿No has visto lo que ha pasado á los bizarros habitantes de Tabasco?

—No digo que empleemos las armas.

—¿Pues de qué medios quieres valerte?

—De la astucia.

—¿Conoces por ventura sus flacos?

—No.

—Pues entónces....

—Pero no seria difícil llegar á conocerlos.

- ¿De qué modo?
- Valiéndonos de algunas de las personas que le rodean.
- ¿Y á quién podemos dirigirnos?
- ¿Por ventura no adivinas mi proyecto? interrogó Pilpatoe. Teutila reflexionó un momento.
- ¿Crees que esa india que esta á su lado, dijo, que es su confidente, que es su intérprete, que en su amiga, nos sacará de dudas?
- ¿Y por qué no?
- Porque es adicta á él, porque no se separa de su lado.
- Para todo hay remedio.
- Oye mi plan, y comprenderás mi intencion.
- Habla pues.
- Marina nos ha prestado un gran servicio.
- ¿Cómo!
- Sin ella no hubiéramos podido entendernos con los españoles.
- Cierto que sí.
- Nada más justo que demostrarle nuestra gratitud.
- ¿Pero de qué manera?
- Preparando una fiesta en honor suyo, una fiesta en la que las vírgenes indias más hermosas coronen de flores y de palmas á la india á quien protegen los españoles.
- ¿Y crees que vendrá?
- No ha de venir.
- De todos modos. será difícil averiguar....
- Una vez en nuestra presencia, yo me encargo de hacerle hablar, de saber lo que deseo. ¿Qué te parece mi proyecto?
- Excelente si puede realizarse.
- Intentémoslo al ménos.
- Pues manos á la obra.
- Dos emisarios fueron inmediatamente hasta el cuartel general de Hernan Cortés para anunciarle los festejos con que pensaban mostrar á Marina su gratitud las jóvenes indias de Ulúa.

Pilpatoe, que conocia bastante el corazon humano, no se habia equivocado.

Hernan Cortés se apresuró á rogar á Marina que asistiese á la fiesta.

Lo hizo principalmente con el fin de que aprovechase la ocasion de explorar los proyectos de los embajadores de Moctezuma.

Pero como no podia ni debia ir sola, para dar importancia á la joven dispuso que la acompañase una guardia de honor.

El mando de esta guardia lo confió á Pedro de Alvarado.

Todos debian acompañarla hasta la gran plaza que habia enfrente de la morada del gobernador Pilpatoe.

¡Con qué alegría recibió Alvarado el encargo de escoltar á Marina!

—¡Oh! Ha llegado el momento de mi venganza, exclamó.

Al fin voy á tener la ocasion que he buscado tantas veces.

Hoy me convenceré de la verdad; hoy veré si existe entre ella y Hernan Cortés el íntimo lazo cuya suposicion me desespera.

Si desoye mis ruegos, si rechaza mi amor, jugaré el todo por el todo.

Nada más fácil, una vez prevenidos como están los soldados, que darle muerte; nada más fácil que atribuir á los embajadores de Moctezuma esta muerte, obligando á Hernan Cortés á tomar venganza, sin sospechar siquiera quién es el que impone á su pasion tan terrible castigo.

Tal vez de esta manera llevaremos á cabo la empresa que nos ha traído hasta aquí ántes de lo que quiere Hernan Cortés.

Y acariciando estas esperanzas, lo dispuso todo para acompañar á la joven.

Las jóvenes indias, pintorescamente adornadas con sus mejores galas, salieron á recibir á Marina.

Alegres músicas resonaron en la plaza de la ciudad.

Los españoles presenciaron con curiosidad aquel festejo, y

según estaba dispuesto por Pilpatoe, fué llamada Marina á su morada para disfrutar de los obsequios que allí tenia preparados.

A las primeras preguntas comprendió Marina que trataban de catequizarla, y fingiendo la más completa sinceridad, mostrando á Pilpatoe que más seguía á Hernan Cortés por miedo que por afecto, dió más visos de verdad á su declaracion.

Ponderando los elementos de destruccion con que contaban los extranjeros, ponderando el valor de su jefe, condoliéndose de la triste suerte que aguardaba al imperio de México si con dádivas y bondades no desarmaba el furor de los españoles, aumentó la zozobra y el temor de Pilpatoe, y consiguió averiguar que ni él ni Teutila, á pesar del numeroso ejército con que contaban, se atreverian á romper las hostilidades con los extranjeros.

Llegó la noche, y Alvarado mandó á los soldados que se adelantasen, esperando á poca distancia del cuartel general.

—Quiero hablar á solas con Marina, les dijo, para explorar su ánimo, para convencerme de su lealtad ó de su infamia.

Marina no tardó en acercarse á él.

La alegría brillaba en su rostro.

Las noticias que iba á comunicar á Hernan Cortés constituian su felicidad.

En medio de las sombras de la noche abandonaron la ciudad Marina y Alvarado.

Antes de asistir á la escena que pasó entre ellos, debemos acompañar al emisario que enviaron Teutila y Pilpatoe á Moctezuma, y veamos el efecto que produjo á aquel monarca el mensaje que le llevaba.

CAPITULO XLII.

Moctezuma.



¡CÓMO felices corrian las horas para el gran emperador de México!

Los soberanos de nuestros tiempos no pueden formarse una idea de la magnificencia con que vivia Moctezuma en el siglo XVI, y en medio de un país dominado por la barbarie.

Dueño y señor de vidas y haciendas; teniendo por tributarios á príncipes poderosos; mandando á esclavos, no á vasallos; rodeado de todas las comodidades del lujo, de todos los placeres que puede imaginar la fantasía; teniendo pendientes de una mirada suya millares de mujeres hermosas y formidables guerreros, ejercia una soberanía como ningun otro monarca de la tierra.

Acostumbrado á dominar á sus enemigos, á vencer todas las dificultades que se atrevian á oponerse á sus deseos, á destruir con horribles castigos cuantas intrigas fraguaban los príncipes envidiosos de su poderío, no podia imaginar, en medio de tanta grandeza, que el pedestal de su trono pudiera verse amenazado.

Habia sabido la llegada de unos extranjeros al Yucatan, porque habian ido emisarios de Tabasco y Cuazacoalco á noticiárselo, cuando Grijalva llegó con las naves españolas hasta las playas de aquellas provincias.

Pero como aquellos extranjeros se habian retirado inmediatamente, como al luchar habian sido vencidos, no habia dado importancia alguna á su llegada.

Al saber más tarde que una numerosa escuadra habia vuelto á Tabasco, escuchó la noticia con impasibilidad.

Poco despues supo por medio de sus bien organizados correos la gran batalla que habian sostenido los extranjeros con los habitantes de Tabasco, y la terrible derrota que éstos habian sufrido.

Aquello le alarmó.

¿Quiénes eran aquellos hombres que en tan corto número podian vencer á tan numeroso ejército?

Pero cuando su asombro llegó al colmo, cuando su pulso, tranquilo siempre, se alteró, cuando un secreto presentimiento turbó la paz de su alma, fué al saber que los extranjeros proyectaban dirigirse á México, y que estaban resueltos á llevar á cabo su propósito.

Apénas llegaron las noticias de Pilpatoe y de Teutila, llamó á su ministro, y despues de escuchar el mensaje, fijó su vista con febril atencion en las pinturas que le enviaban.

Los trajes, las finuras, los movimientos, las armas de aquellos hombres le intimidaban.

¿Cómo? ¿Existia en el mundo otro país en donde la civilizacion estuviera más avanzada que en México? ¿Era posible que viniesen hombres de otras regiones con armas más poderosas que las suyas?

¿Por ventura no era el monarca escogido de Dios, no era el soberano de los soberanos? ¿No podia cumplir su voluntad, no sólo en sus dominios, sino en los demas países de la costa?

Hasta entónces habia halagado su imaginacion estas creencias.

Nunca habia podido imaginar siquiera que su voluntad pudiera ser desobedecida.

—Comunica á los extranjeros, exclamó, que les prohibo llegar á mi presencia.

—Vuestra prohibicion será inútil, se atrevió á decir el ministro en nombre de los embajadores de Moctezuma, de los que habia oido comunicaciones secretas. Son resueltos, han decidido llegar aquí, y llegarán

—Por ventura, ¿no tengo vasallos bastantes para contenerlos?

—Numerosos eran los indios de Tabasco, organizados iban á defender su independecia, y sin embargo, más de cuarenta mil hombres no han podido contrarestar el empuje de seiscientos.

Ellos pelean de una manera distinta de la nuestra.

Sus armas desde léjos hieren, matan, y ademas tienen unos mónstruos, con los que difunden la muerte y el espanto, con los que diezman las filas de nuestros enemigos.

Creedlo, señor; cuando Teutila y Pilpatoe os suplican encarecidamente que recibais á los extranjeros, que seais bondadoso para con ellos, es porque comprenden que no pueden contrarestar su influencia.

—Yo les enviaré presentes, dijo por fin Moctezuma.

—¿Y qué lograreis con eso?

—Fascinarles, y atraerles á mi favor.

—¿Y si vuestros esfuerzos son inútiles?

—Entónces lucharé con ellos. Y creedlo, ¿qué poder habrá en el mundo que pueda alcanzar una sola victoria sobre mí?

Ante aquella pregunta tuvo que bajar la cabeza el ministro.

—Obedéceme y calla, prosiguió Moctezuma.

Haz que inmediatamente se envíen á Teutila y Pilpatoe, para ofrecérselas al jefe de los extranjeros, ropas del algodón mejor tejido que pueda encontrarse; adornos y penachos de plumas de los colores más vistosos; arcos, flechas y rodela de las maderas mejor labradas.

Envíales tambien una lámina de oro con la imágen del sol, y otra de plata, en donde esté mejor cincelada la luna.

No te olvides de remitirles collares, pedrerías, pendientes, y cuantos objetos de plata y oro imitando animales y reptiles tengan dispuestos los artífices de mi palacio.

El servidor de Moctezuma obedeció al pié de la letra sus instrucciones, y no pasaron ocho dias sin que aquellos objetos estuvieran en poder de Teutila y Pilpatoe.

El camino más breve que separaba á México de San Juan de Ulúa era de sesenta leguas.

¿Cómo en tan breve plazo pudo llegar el mensaje de los embajadores de Moctezuma á manos del emperador de México, contestarle éste y enviar el presente á Hernan Cortés?

Es cosa que asombrará á nuestros lectores.

Portentoso, es, en efecto, que en aquella época tan remota, y en un país en donde la verdadera civilizacion no habia derramado todavía la luz, estuvieran tan bien organizados como allí estaban los correos.

El cargo de correo era uno de los más honoríficos y de los más lucrativos.

En uno de los alrededores de México se hallaba la escuela donde aprendian su oficio los correos.

Los maestros escogian los niños mas ágiles para dedicarlos á su profesion.

En el templo que servia de escuela, se hallaba el ídolo colocado en una meseta, separada del pavimento por ciento veinte gradas de piedra.

Los niños subian varias veces aquellas gradas, y el que llegaba primero obtenia un premio.

De esta manera, con esta gimnasia se desarrollaban y adquirian la ligereza necesaria para desempeñar más tarde las funciones de su oficio.

Los que ya eran adiestrados eran dados de alta, y distribuidos en unas casas que habia en todos los caminos de México, semejantes á los paradores que tienen las diligencias de España para mudar el tiro de los caballos.

El correo tenia que recorrer una porcion de camino.

De distancia en distancia se renovaban, y gracias primero á su ligereza, y despues á la renovacion de los correos, podia comunicarse el emperador con sus provincias más apartadas, á lo sumo en dos dias.

La fidelidad era la primera condicion que se exigia á estos servidores del Estado.

Penas durísimas se aplicaban á los que no cumplieran con su deber, razon por la cual el servicio de correos era inmejorable en el imperio de Moctezuma.

Enviados de este modo á Teutila y Pilpatoe los presentes con que Moctezuma queria obsequiar á los extranjeros, pudieron los dos embajadores el domingo siguiente al en que Hernan Cortés los habia recibido y obsequiado, enviarle la respuesta de Moctezuma.

Este estaba resuelto á no recibir de ningun modo á los españoles.